

Conflicto armado e identidad militar en Colombia 1964-2010

*José David Moreno Mancera**

Resumen

El impacto de la Revolución Cubana y el acercamiento de sus líderes liberales al Partido Comunista Colombiano mutan hacia una importante explosión de los movimientos guerrilleros de carácter marxista. Los líderes políticos colombianos otorgan de esta manera a las Fuerzas Armadas del país la responsabilidad casi absoluta de combatir y de ser posible, erradicar los movimientos alzados en armas. Con procesos de profesionalización tardíos y un claro abandono por parte del Estado en materia presupuestal y organizacional, los militares colombianos deben enfrentarse de forma precoz con un conflicto armado de larga duración. Es así como, a diferencia de muchos otros ejércitos latinoamericanos, los militares de Colombia van gestando una identidad particular en el ámbito institucional. La propuesta que aquí se presenta busca responder a una pregunta principal: ¿cómo el conflicto armado colombiano ha influido en el perfil profesional de los militares colombianos?

* Historiador y politólogo. Especialista en Estudios latinoamericanos. Administrador público de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), e historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Con estudios de posgrado en Relaciones internacionales de la Universidad Jean Moulin Lyon 3. Candidato a doctor en Ciencias políticas, IEP, Aix-en-Provence. Antiguo becario del Instituto de Investigaciones Estratégicas de la Escuela Militar de París (IRSEM). En la actualidad es docente de las cátedras de Política interamericana y geopolítica y Geoestrategia del Programa de Relaciones Internacionales, Universidad Jorge Tadeo Lozano. Es autor de artículos como: "Torture et guerre contre le communisme dans le Cône Sud: fausses et réelles menaces de la gauche sud-américaine" (2012); "Doctrine militaire et exercice du pouvoir politique en Amérique du Sud: le rôle et l'impact des écoles militaires brésiliennes et péruviennes" (2012); y "Los conceptos de seguridad y crisis en relaciones internacionales: el caso de la Revolución Cubana y su impacto en las relaciones interamericanas" (2011).

Consideramos que el advenimiento del conflicto armado en Colombia llega en un momento de baja madurez de sus Fuerzas Armadas. Cuando los militares colombianos aún no han logrado definir estándares profesionales claros, deben asimilar y hacerse responsables directos del conflicto armado. Esta situación tiene un impacto profundo tanto para la organización militar como para el país.

Palabras clave: conflicto armado, militares, partidos políticos, identidad colectiva.

Colombia entre la violencia y la modernidad (1903-1948)

El reconocido historiador colombiano Mauricio Archila (2003) acierta al definir la Guerra de los Mil Días como “el doloroso inicio del siglo XX”. Esta guerra que se dio entre los dirigentes y simpatizantes de los partidos Liberal y Conservador y se llevó a cabo entre 1899 y 1902, aparte de la significativa pérdida de hombres para el país y el descalabro para la economía nacional, se saldó con la separación del departamento de Panamá en 1903.

Entonces, ese doloroso inicio del siglo XX nos muestra un fuerte legado de violencia y confrontación. Nos pone en evidencia ante un siglo XIX agobiado por los conflictos entre los partidos políticos, conflictos que se superponen a la consolidación de un proyecto nacional y a cualquier tipo de desarrollo económico.

La Colombia de principios del siglo XX, desde la óptica y la propuesta de Weber (1967), Elias (1975) y Tilly (1990), carece de dos de los elementos más significativos del Estado moderno, a saber, el monopolio de la fuerza y el monopolio fiscal¹. El balance al final de la guerra es desolador. Después de casi un siglo de vida republicana Colombia no posee ni una banca central ni un Ejército Nacional (sin mencionar tantas otras falencias y necesidades). Ese será pues el propósito de los gobiernos conservadores que se sucedieron desde 1903 y hasta 1930. Este periodo es conocido en la historiografía nacional como la “hegemonía conservadora”. Un periodo en el cual todos los miembros del Partido Liberal estuvieron al margen de las funciones del Estado y el gobierno.

La gran misión de Rafael Reyes, presidente de Colombia entre 1904 y 1909, es restablecer el orden en un país arruinado por la guerra. Sus dotes de estadista serán un aliciente para el país dada su capacidad de recomponer el Estado y el sector público del país. Reyes busca frenar la inflación (que superaba durante la época de la guerra el 1.000%) y poner un orden a la parca administración pública que existía hasta el momento. A través de la creación del monopolio fiscal sobre el tabaco y algunos licores, el presidente buscó sanear las finanzas nacionales. También le dio amplio impulso al comercio del café, producto que venía teniendo auge desde finales del siglo XIX (Palacios, 2009). Asimismo intentó crear

1 Al tratar de aproximarse a temas teóricos del Estado es inevitable hacerlo desde su construcción sociológica. Para ello nada mejor que una revisión a sus clásicos (Elias, 1975; Tilly, 1990; Weber, 1967).

un monopolio para la impresión de billetes. No obstante, este objetivo no se cumpliría sino hasta la década de los años veinte. A pesar de pertenecer a la hegemonía conservadora, pretendió vincular a algunos pocos liberales a su gobierno con el ánimo de propiciar un ambiente de paz. Estas acciones fueron más bien excepcionales. Con los pocos recursos disponibles, Reyes pretende reactivar la economía a través de una fuerte inversión en obras públicas. El balance del gobierno Reyes es positivo y demuestra un despegue necesario para Colombia. Sin embargo, su espíritu y estilo progresista le granjearon múltiples enemigos. Estos mismos no descansaron hasta su salida abrupta en 1909.

El cotejo de este primer periodo es positivo y lo seguirá siendo en los siguientes años. A pesar de las dificultades dadas a mediados de la década de 1910 como consecuencia de la Gran Guerra, la economía y el desarrollo colombiano parecen responder a los estímulos del Estado. El café demuestra no solamente la vocación agraria del país sino también su importancia como eje del comercio internacional colombiano, en especial con los Estados Unidos. En el ámbito político, a pesar de la ausencia de los liberales de los hilos del poder, la nación vive un ambiente de paz como no se había visto en un siglo (López, 1992).

La década de los años veinte será próspera. Los conservadores gobiernan en una estrecha alianza con la iglesia católica. El café seguirá su buen comportamiento y se abrirán nuevos mercados tales como el banano, el azúcar y el caucho, y se iniciarán las primeras exploraciones petroleras. Para esta época, los Estados Unidos otorgan una indemnización de 25 millones de dólares a Colombia por la pérdida de Panamá. Una comisión mixta de tecnócratas y académicos americanos llega al país para hacer un estudio profundo sobre la situación de la economía y del sector público nacional. La misión liderada por el profesor de la Universidad de Princeton Edwin Kemmerer deja como resultado la creación formal de una banca central, de nuevos métodos de control fiscal y vincula por primera vez en el país el concepto de planeación del desarrollo y la economía.

Un freno al progreso registrado será la crisis de 1929 que al afectar los precios del café tendrá un impacto directo sobre la economía y el ambiente político. En 1930, la crisis se suma al desprestigio del Partido Conservador por algunos hechos de represión contra una sociedad que se movilizaba cada vez más. Finalmente la división interna y el retiro del apoyo de la iglesia a los conservadores permitieron que los liberales regresaran al poder.

Los gobiernos liberales se van a dedicar a proveer la industria y reactivar la economía. También se concentran en una importante serie de políticas sociales cuyo objetivo será la capa obrera urbana emergente y algunos sectores campesinos. La legalización del derecho a la huelga, la creación de sindicatos y el nacimiento del Partido Comunista Colombiano (PCC) despiertan en la oposición –guiada por el Partido Conservador– un sentimiento de desconfianza. Así los conservadores no tardarán en señalar a los liberales como miembros y gestores del comunismo soviético en el país. Esta actitud acaba con cerca de tres décadas de paz en Colombia y despierta sentimientos que habían sido abandonados en la Guerra de los Mil Días.

Desde las tribunas del Congreso de la República, los líderes conservadores no descansaron en su persecución al gobierno nacional. En los campos esta dinámica comienza a expandirse y los vientos de violencia vuelven a soplar. A mediados de la década del cuarenta la situación es compleja. Los conservadores logran volver al poder como consecuencia de las divisiones al interior del Partido Liberal. Este retorno de los conservadores significa un recrudecimiento de la violencia en los campos y ciudades. La chispa que hace estallar todo el polvorín es el asesinato en Bogotá en abril de 1948 de uno de los principales líderes del Partido Liberal: el populista Jorge Eliécer Gaitán. La violencia que se vivía en campos y ciudades, que se mostraba difusa y de la que nadie hablaba, ahora se volvía pública y cotidiana. La sangre y la barbarie vuelven a teñir el país por los años a venir. Se desata en este instante un complejo conflicto social de múltiples y complejas vertientes.

Las Fuerzas Armadas colombianas en la primera mitad del siglo XX

En medio de la confusión política y la crisis económica posterior a la Guerra de los Mil Días, Rafael Reyes, militar de ocasión y miembro del Partido Conservador, accede al poder en 1904. Lo más interesante para resaltar de su política es la reforma militar que tiene lugar en 1907. Es el comienzo de la profesionalización militar que llega de modo bastante retardado, si se le compara con otros casos regionales². Por primera vez el país asiste a la creación de una escuela de oficiales cuya misión es formar hombres comprometidos con las instituciones del Estado. Con esta reforma se suprime el antiguo sistema que consistía en ascender en los grados militares en función de las relaciones con los grados más altos de las Fuerzas Armadas. A partir de 1907, los nuevos militares pasan por un sistema de promoción en función de la antigüedad y experiencia dentro de la institución. Este es el nacimiento del Ejército Nacional. Para cumplir este objetivo Reyes contrata una misión proveniente de Chile encargada de dirigir la nueva escuela y de estar al mando del Ejército Nacional en su primera etapa.

Durante la hegemonía conservadora no hay avances considerables para el Ejército Nacional. Los antiguos militares resisten los cambios propuestos por los chilenos. A pesar del entusiasmo de los extranjeros por profesionalizar las Fuerzas Armadas, sus esfuerzos se pierden en la práctica cotidiana. Es perceptible la resistencia de los antiguos oficiales – muchos de ellos veteranos de la Guerra de los Mil Días– a los cambios introducidos en la institución. Además de ello, sobre el Ejército colombiano pesa la tradición e ideología de los conservadores; y por aquella época era débil y destinado más a labores de Policía que a las verdaderas misiones de un Ejército Nacional.

2 Varios países fundan sus escuelas militares a lo largo del siglo XIX: Uruguay en 1855, Argentina en 1869, Chile en 1886, Bolivia en 1891 y Perú en 1896 (Atehortúa, 2000).

Para la década de los años treinta los liberales, ahora en el poder, desconfían de los militares por considerarlos el “brazo armado” de los conservadores. Frente a este desafío, los liberales deciden redinamizar la Policía con el fin de equilibrar las fuerzas en la eventualidad de una resistencia militar incentivada por los conservadores. Habla entonces la historiografía de un Ejército conservador y una Policía liberal (Atehortúa, 1994).

En 1932 estalla la guerra contra el Perú por un problema de fronteras en la región del Amazonas. Esta guerra pone a prueba la técnica y las habilidades adquiridas por los oficiales durante dos décadas de intentos de profesionalización. El conflicto con el Perú sirve a los liberales como excusa para descentralizar el Ejército y crear una fuerza aérea. De igual forma, grandes cuadros oficiales son enviados al sur del país con el objetivo de crear regimientos que pudieran garantizar la defensa de las fronteras. Los liberales logran así restar fichas de peso a los conservadores en el campo militar.

Los presidentes Olaya Herrera (1930-1934) y López Pumarejo (1934-1938) a pesar de sus divergencias con los militares, ponen en marcha nuevas medidas para modernizar las Fuerzas Armadas. A mediados de la década es creada la Marina Naval y varios oficiales del Ejército son enviados a Estados Unidos y Europa con el objeto de aprender nuevos métodos de acción militar. Pese a estas iniciativas, la fuerza de la Policía aumenta considerablemente durante la República liberal. La rivalidad entre las Fuerzas Armadas y la Policía se hace evidente.

La Segunda Guerra Mundial impacta directamente las Fuerzas Armadas colombianas. El presidente liberal Enrique Santos (1938-1942) decide frenar el crecimiento de la Policía durante su gobierno. Asimismo se comienza a establecer un acercamiento estratégico entre el Ejército de los Estados Unidos y el Ejército colombiano, básicamente como punto geoestratégico dada la cercanía con el canal de Panamá. Sin embargo esto no será suficiente para calmar las tensiones que se agudizan entre los militares y el último gobierno liberal de López Pumarejo (1942-1945).

Para 1948, momento de la explosión de la gran violencia en Colombia, los militares deben soportar la fuerte presión de los gobiernos conservadores nuevamente en el poder. El camino a la profesionalización fue turbulento y fuertemente marcado por la presión o las diferencias con los partidos políticos tradicionales. El primer general de carrera profesional en Colombia ascendió en el año de 1940.

La violencia en Colombia y los orígenes del conflicto armado

La violencia que se había venido desarrollando en Colombia hacia 1946 se hace aún más compleja a partir de 1948. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán se toma como un punto de ruptura y se tiende a señalar como el inicio de un nuevo periodo de tensiones en la historia colombiana. Más allá de los impresionantes sucesos que se llevan a cabo en

Bogotá el 9 de abril y los días siguientes, la violencia se expande en los campos afectando seriamente la vida rural de millones de campesinos.

Desde el año 1946 bandas armadas de carácter conservador se dedican a perseguir y presionar a campesinos de vocación liberal. No obstante, esta persecución y estas presiones van adquiriendo un perfil sanguinario. El asesinato, la tortura, las violaciones, la quema de viviendas y otras acciones hacen parte de esta nueva y horrorosa dinámica. Los principales actores de estas acciones son los denominados “Pájaros”, grupos de carácter paramilitar alimentados por el odio centenario partidista, y financiados por grandes terratenientes y gamonales. Desde luego, también contarán con el apoyo de sectores radicales del Partido Conservador.

En lo que refiere a los militares se puede decir que estos no intervinieron de modo directo en la oleada de terror que asechaba el país. No obstante se evidencia pasividad ante las acciones de los “Pájaros”. Estas fechas coinciden con la participación del Ejército colombiano en la Guerra de Corea entre 1950 y 1953. El único destacamento latinoamericano en hacer parte de dicha contienda. El momento fue aprovechado por las directivas conservadoras de Colombia, enviando un considerable número de oficiales y soldados de filiación liberal con el objetivo de apartarlos de las dinámicas que se vivían en el país. Empero, esta experiencia, al contrario de lo que se podría pensar, resultó más positiva que negativa para el Ejército colombiano. Fueron pocas las bajas y mucha la experiencia. El hecho de haber luchado hombro a hombro con los militares norteamericanos y además de ello haber aprendido del combate en guerra irregular contra fuerzas comunistas, marca los espíritus de los futuros líderes militares del país.

La década del cincuenta debe ser considerada una especie de caja negra generadora de profundas transformaciones. La violencia que azota a Colombia será el germen de un conflicto armado que ha persistido por más de cinco décadas. Ante la acción de los “Pájaros” y el desespero por la violencia aplicada por las fuerzas conservadoras, los liberales deciden entrar en acción defensiva. Es así como se crean grupos armados de autodefensa campesina de corte liberal. Su objetivo: repeler los ataques de las bandas paramilitares de filiación conservadora y proteger a las familias y las posesiones de las víctimas. Es necesario añadir aquí la posición adoptada por el PCC. Este partido había sido creado con la tutela del Partido Liberal en 1930. Fue uno de los principales aliados del presidente López Pumarejo durante sus dos administraciones (1934-1938; 1942-1945) y fue muy cercano de los sectores gaitanistas. De tal modo que el PCC se convierte, al igual que lo liberales, en blanco y objetivo de los conservadores y los grupos paramilitares. Es de esta manera como los comunistas se van a acercar a los grupos de autodefensa liberal y esto tendrá un influencia y unas consecuencias particulares para el conflicto armado colombiano.

En 1953, la violencia excesiva y el derramamiento de sangre llevan a la nación a la fatiga. Los mismos partidos políticos son conscientes de esta situación y por ello deciden actuar de forma conjunta. Un militar, Gustavo Rojas Pinilla, cercano del ala moderada de los conservadores es llamado a dar un golpe de Estado al presidente Laureano Gómez.

El principal objetivo del general Rojas será pacificar el país y desarticular las autodefensas liberales. Una vez el golpe consumado, el general Rojas da la orden a sus hombres de detener la persecución de los grupos insurgentes. El general Rojas llama a la amnistía. Los grupos de autodefensa más grandes, asentados en el oriente y norte del país, van a entregar sus armas. Los antiguos combatientes son invitados a volver a las actividades agrarias a las cuales se dedicaban antes del comienzo de la violencia sobre los liberales. No obstante, los pequeños grupos de autodefensa, situados en especial en la región cafetera, sienten profunda desconfianza de este llamado del general Rojas. Los hechos futuros les darán la razón.

No solo los líderes de las autodefensas campesinas que entregaron las armas fueron asesinados uno a uno sino que los “Pájaros” siguieron actuando en diferentes zonas con el auspicio de gamonales y terratenientes. La frustración es inmensa y la decisión de no entregar las armadas será definitiva.

Las élites civiles y el conflicto armado colombiano

Rojas Pinilla asume el poder a través de un golpe de Estado y por la misma vía será destituido en 1957. Una junta militar que hará funciones de transición ejercerá el poder entre 1957 y 1958. Las élites civiles y conservadoras usan este periodo como la preparación para recuperar el poder. La violencia entre partidos es dejada atrás y se prepara una nueva experiencia denominada Frente Nacional. Este ejercicio consistía en el reparto de las funciones y los poderes del Estado de manera equilibrada entre los dos partidos. También indica la división equitativa de la presidencia de la República. Un régimen político que se basa en la exclusión y a través del cual se expresa la dinámica elitista de carácter civil en Colombia.

Los grupos de autodefensa campesina que subsisten, en especial en la región cafetera de Colombia van desarrollando esquemas cada vez más complejos de organización. Poco a poco estructuran formas asociativas de carácter autónomo. Es decir que sus actividades no son solamente de naturaleza armada sino agraria. Se conforman así unas comunidades sui géneris autosostenibles que labran la tierra³, comercian sus productos y garantizan su propia seguridad. Estas acciones se van acompañando de un adoctrinamiento político por parte del PCC. La experiencia revolucionaria china y cubana será igualmente una motivación para los líderes de estos movimientos. Dichas acciones generan celo y desconfianza entre los grupos terratenientes de la región.

La presencia de esta nueva modalidad campesina llega a oídos del gobierno conservador. En los pasillos del Congreso nacional se habla de las “repúblicas independientes”. El

3 Tierras que dicho sea de paso, son producto de la colonización de baldíos y zonas selváticas que son devastadas para ejercer allí la agricultura.

presidente Guillermo León Valencia decide en 1964, presionado por autoridades locales y el Ejército, lanzar un ataque compuesto por más de mil hombres, un helicóptero y dos aviones de combate contra dichas “repúblicas independientes. Las organizaciones armadas campesinas, gracias a informaciones oportunas se enteran del ataque. Mujeres y niños son evacuados de la zona y los hombres, que no superan la centena se preparan para el ataque (Medina, 2009; Sánchez, 1983; Sánchez y Peñaranda, 2007).

La experiencia de 1964 provoca no solo la dispersión del movimiento campesino armado sino la disolución de estas comunidades campesinas autosostenibles. Para 1966, en asocio con el PCC, estas antiguas autodefensas dan nacimiento a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) con el lema de la “combinación de todas las formas de lucha”. Tal experiencia no será la única en Colombia. Para esta época un grupo de revolucionarios de tendencia cubana, con el asocio de sacerdotes y universitarios funda el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en el departamento de Santander, al norte del país. Lo propio será para la región bananera de Colombia, en el Urabá antioqueño donde emergerá el Ejército Popular de Liberación (EPL) de filiación maoísta.

Colombia cuenta entonces para 1968 con tres organizaciones guerrilleras de carácter marxista. Para la década siguiente, el número de organizaciones insurrectas estará cerca de la decena⁴. Es el comienzo de un largo conflicto armado en Colombia. Conflicto derivado de los horrores y los errores cometidos en la década de los años cincuenta. Las energías del Estado y de las Fuerzas Armadas se van a concentrar desde ese momento y hasta nuestros días en combatir y repeler las acciones guerrilleras.

No obstante, se aprecia que dentro de las dinámicas bipartidistas impuestas por el Frente Nacional (1958-1986) hubo una posición en absoluto ambivalente por parte de las élites civiles. Los militares durante este periodo actuaron como agente neutro en medio de las fuerzas liberales y conservadoras. El Ministerio de Defensa entró a ser ocupado por generales del Ejército como forma de garantizar la paridad⁵. Los gobiernos civiles ofrecieron claramente a los militares plena autonomía sobre el orden público. Cualquier evento de esta índole era responsabilidad de las Fuerzas Armadas. Allí ellas tuvieron plena autonomía y contaron con la figura del “Estado de sitio” para tener mayor independencia de acción. Empero, por parte de las élites civiles se puede observar total indiferencia hacia el conflicto. Su posición puede variar a favor o en contra del movimiento insurgente. En función de los réditos políticos que otorguen, las élites civiles declaran una posición

4 Vale la pena llamar la atención sobre la acción del Movimiento 19 de Abril (M-19), que se deriva de los cuadros del partido político que fundó el antiguo general y presidente Gustavo Rojas Pinilla. También es destacable la presencia del movimiento guerrillero indígena Quintín Lame en la región del Cauca, al occidente del país. Otros grupos menores fueron conformados por organizaciones obreras, estudiantiles o mixtas. Sin embargo, estas agrupaciones estuvieron menos organizadas. Algunas se desintegraron por diferencias internas y otras por las acciones del Ejército.

5 Durante algunas décadas Colombia contaba con 13 ministerios. Para garantizar la paridad propuesta por el Frente Nacional, seis carteras eran ocupadas por liberales, otras seis por conservadores y la cartera de Defensa rompía el empate con la dirección de un militar.

particular⁶. Dado que el conflicto armado y la promesa de terminarlo son factores que pueden generar votos, no existió un real compromiso de las élites civiles por acabar con este. Su apuesta fue a prolongarlo y tratar de otorgar un bajo perfil al problema. En realidad, el conflicto armado colombiano era, ante los ojos de los civiles, un problema único de carácter militar.

El movimiento guerrillero en Colombia

Es importante comprender que en Colombia los partidos políticos, creados desde mediados del siglo XIX, han tenido una influencia fundamental sobre los movimientos sociales legales e ilegales. En Colombia no se registra lo que se puede ver en otros países de la región, en especial el Cono Sur, en donde el movimiento popular trata de ser más independiente. Lo que sucede en el caso colombiano es claramente una tutela permanente de los partidos de estos movimientos.

En el caso de las guerrillas colombianas no tenemos una excepción. El origen de los movimientos armados insurgentes tiene una clara conexión con los partidos políticos en el país (Múnera, 1998). Para 1968 encontramos tres guerrillas actuando en diferentes puntos de la geografía nacional. La primera de ellas y tal vez la más reconocida son las Farc –1966–. Como se ha manifestado, el origen de estas guerrillas se ubica en la región del Viejo Caldas, al centro del país. Región muy conocida y próspera debido al auge del café. Los orígenes de esta organización están en el Partido Liberal de forma indirecta (sus primeros líderes fueron de filiación liberal) y posteriormente en el PCC (es importante recordar que el PCC nace con el aval del Partido Liberal).

En lo que concierne al ELN –1965– esta agrupación, que incluye una mayor población urbana y estudiantil, plantea su génesis en el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), creado a comienzos del Frente Nacional por el líder liberal Alfonso López Michelsen, hijo de uno de los más brillantes miembros del partido y antiguo presidente de la República Alfonso López Pumarejo. El MRL se declaró abiertamente opositor del proyecto que representaba el Frente Nacional. Con el amparo de su líder, muchos jóvenes se vincularon al movimiento de forma entusiasta. No obstante, rápidamente vendría el descontento y la frustración al ver que su líder se reincorporó al seno del Partido Liberal dejándolos abandonados. Entonces, estas masas entusiastas van a encontrar otro grupo de líderes que llegaban de Cuba con una formación combativa significativa. Así nacerá el ELN en el departamento de Santander, cerca de la frontera con Venezuela.

6 Un ejemplo puede ser la operación Anorí de 1975. El Ejército tenía rodeado al comando central del ELN en las montañas del departamento de Santander. No obstante, algunos de estos miembros habían sido antiguos simpatizantes del presidente en ejercicio Alfonso López (1974-1978) durante la década del sesenta. Así el presidente da la orden de abandonar la operación y algunos líderes del ELN salen hacia Cuba. Meses más tarde entran de forma clandestina a Colombia para recomponer las filas de la guerrilla.

Por último, tenemos al Ejército de Liberación Popular (EPL) –1966–, esta agrupación emerge de un sector radical del PCC que para mediados de los años sesenta sufre una fuerte crisis doctrinaria. Crisis que se explica por los confortamientos entre los prosoviéticos y los prochinos. En esta época tenemos una fracción del Partido Comunista que se dará por nombre Partido Comunista Colombiano Marxista Leninista (PCC-ML) de hondo carácter revisionista. Esta nueva agrupación va a albergar a los líderes rebeldes de lo que será el EPL cuyo asentamiento se dará en el noroccidente del país, región conocida por la fuerte producción de banano.

Vale la pena resaltar en la década de los setenta al M-19, que se deriva de juventudes frustradas por la derrota en las urnas del candidato Rojas Pinilla (antiguo militar y dictador presidente) el cual creó un movimiento populista de carácter urbano denominado Alianza Nacional Popular (Anapo). Vale la pena recordar que Rojas Pinilla fue, en la década de los cincuenta, un importante aliado de los conservadores y gracias a ello llega a la presidencia a través de un golpe de Estado en 1953. Para los comicios de 1970, Rojas se presenta como el candidato independiente, como la alternativa a un cerrado Frente Nacional dominado por los partidos tradicionales. Por ello logra aglutinar en su proyecto un número substancial de movimientos populares, especialmente urbanos. Nunca se ha podido comprobar que la noche del 19 de abril de 1970 se llevó a cabo un fraude electoral. Empero, todo parece indicar que así fue. Los partidos políticos, a fin de evitar la derrota, acuden al fraude para mantener el poder. Lo más significativo es ver cómo la sociedad planteaba a través del voto la frustración de un sistema altamente excluyente. Las juventudes y líderes de la Anapo, que tenían un gran sentimiento de frustración fundan el M-19 en 1974.

El conflicto armado 1968-1998

Como se ha mencionado, para 1968 tres grupos guerrilleros de tendencia marxista operan en tres zonas diferentes del país. El *modus operandi* de estos grupos insurgentes es el de la guerra de guerrillas, es decir, la guerra irregular. Los enfrentamientos prolongados con el Ejército se evitan porque a este punto los recursos de los rebeldes son débiles. Si bien se cuenta con un entusiasmo y una gran voluntad por parte de los guerrilleros, la fuerza y la capacidad operativa son relativamente bajas. Las guerrillas deben acudir a la extorsión, al cobro de cuotas en los campos o contar con la buena voluntad de líderes regionales que puedan creer en estos “Robin Hood” criollos.

Con dogmas radicales, los rebeldes promulgan doctrinas como, la combinación de todas las formas de lucha, la guerra popular prolongada y la toma del poder. No obstante, es evidente que los recursos para dicho objetivo son aún lejanos. En lo que se refiere a las Fuerzas Armadas hay varios elementos que no se pueden obviar. Para finales de los sesenta, en la cúpula del Ejército se encuentran los hombres que participaron en la guerra de Corea a principios de los años cincuenta. Estos hombres no solo tienen la pericia

de la guerra insurgente de este conflicto, sino que han venido abonando una experiencia valiosa en la lucha contra las guerrillas en Colombia. Para 1970 se pueden contar destacamentos militares en más de diez departamentos del territorio nacional. Sin embargo, los militares tienen algunos hechos en contra. Primero, la amplia dispersión por la nación al tener que hacer presencia en una geografía compleja por cerca de un tercio del territorio del país. Esta gran dispersión genera dificultades en las comunicaciones y complejidades en el mando superior para hacer llegar verdaderamente las órdenes y que estas se cumplan. Segundo, el Ejército colombiano a lo largo de este periodo, como consecuencia de su inexperiencia, fue una organización que se concentró en la infantería sin una presencia efectiva de otras divisiones que pudieran brindar apoyo táctico. En un país con tantos recursos hídricos como Colombia, la armada no tenía ninguna presencia. La acción de esta se limitaba al puerto de Cartagena. La fuerza aérea no gozaba de los equipos adecuados y no prestaba al Ejército un apropiado apoyo para sus labores de contrainsurgencia. En Colombia, las Fuerzas Armadas no dominaban el concepto de inteligencia y por ello los combates contra la guerrilla se manifestaban como un juego de suma cero. Por último, se resalta que el gobierno nacional, en cabeza de los líderes civiles de los partidos tradicionales, mostraron un absoluto desinterés en torno al conflicto armado.

El conflicto colombiano era concebido por los políticos como algo externo, muy lejos de Bogotá y de sus comodidades. Dado que los civiles habían otorgado a los militares la misión de controlar el orden público, la despreocupación hacia el conflicto fue más bien general. Esta actitud se evidenció en el bajo presupuesto otorgado a las Fuerzas Armadas. En efecto, los militares colombianos lucharon “con los dientes” una contienda de baja intensidad. Las condiciones de los soldados fueron más bien difíciles y la improvisación se interponía a la táctica y la estrategia.

Para la década de los setenta el ELN estuvo a punto de ser aniquilado. De no ser por la intervención del gobierno del presidente López Michelsen (1974-1978) —quien ordena la suspensión de los ataques a esta guerrilla en las montañas de Santander—, los componentes más importantes de su Estado mayor y un grueso de los combatientes hubieran desaparecido en 1975. Luego de esta acción, las divisiones internas al seno de esta organización guerrillera llevaron a actos desesperados al interior de sus filas. En cuanto a las Farc, la guerra prolongada y los asaltos y ataques esporádicos nos hablan de una tropa armada que parece evidenciar mucha paciencia y parsimonia para hacerse al poder. Farc y ELN se anquilosan en discursos etéreos, conflictos internos, concepciones difusas y acciones esporádicas.

En ese contexto entra la acción espectacular del M-19. Esta agrupación resulta ser muy dinámica durante la década de los setenta y parte de los ochenta. De igual forma, es una guerrilla que logra captar la atención de la opinión pública debido a sus acciones recursivas y a que llevan la acción subversiva a las ciudades. Inspirados de guerrillas como los Montoneros de Argentina o los Tupamaros de Uruguay, el M-19 capta la atención de la sociedad civil colombiana que asiste sorprendida a un tipo de guerra al que no estaba

acostumbrada. La insurgencia llega a las ciudades y un gran porcentaje de la población se comienza a interesar por el desarrollo del conflicto armado colombiano. A través de las acciones de esta guerrilla, el Estado comienza a sentirse burlado y las Fuerzas Armadas permanentemente quedan en ridículo ante la opinión pública.

Ante los hechos de esta época se despierta un periodo de represión sin igual en el siglo XX. Paradójicamente será desde las banderas del Partido Liberal que se intentará aplicar una doctrina nacional que dista mucho del modelo brasileño o argentino. Una doctrina criolla, a la colombiana, se impone entre 1978 y 1982 durante la administración del presidente Julio Cesar Turbay. La autonomía que se dio a los militares en este periodo fue considerable y significativa. Turbay, si bien no modificaba algunos patrones presupuestales e institucionales manejados desde 1958, le dio mayor independencia a los militares para su accionar contra las guerrillas. De igual forma, apoyó al Estado mayor para desarrollar acciones de represión que pudieran corregir los “fracasos” que la prensa no había escatimado en hacer públicos. Podemos decir que se había herido el orgullo de los militares y en ese sentido actuarían con mano dura. Hacia 1980 se da una guerra frontal contra el M-19 y bajo el amparo de una legislación especial, la persecución, los allanamientos y la tortura serán permitidas. La paranoia de aquellos años llevó a que sindicalistas, estudiantes e intelectuales fueran vistos como agentes que amenazaban la paz y el orden de la nación.

Continuando con las paradojas, el gobierno conservador de Turbay, se va a mostrar más bien conciliador en lo concerniente al conflicto armado. El presidente Belisario Betancur (1982-1986) llega al Palacio de Naríño con las banderas de la paz. Las dinámicas en el plano militar y político del periodo anterior se vieron bruscamente frenadas. Lo primero que hace Betancur es firmar una amnistía con los grupos alzados en armas como muestra de buena voluntad. Centenares de guerrilleros presos en las cárceles colombianas recobran la libertad por cuenta de esta decisión. Acto seguido el gobierno convoca a la instalación de mesas de diálogo para llegar a posibles acuerdos de paz.

El conjunto de las organizaciones guerrilleras acude al llamado del gobierno con un gran sentimiento de desconfianza. Por su parte, los militares se sienten traicionados por las acciones del gobierno. No solo la política de cese al fuego por parte del Estado, sino la exclusión de los militares de los diálogos de paz cierran en definitiva cualquier camino de entendimiento entre el presidente y sus militares (Ramírez, 1998). Así, tanto militares como guerrilleros rompen su palabra de cese al fuego. Mientras en la mesa de negociaciones los diálogos se extienden sin llegar a decisiones concluyentes, en los campos y ciudades siguen silbando las balas de cada uno de los bandos. Todo este conjunto de factores lo que hace es poner de manifiesto un ambiente hostil para el establecimiento de la paz.

La búsqueda de la paz se sellará en noviembre de 1985 con la fatídica decisión de un destacamento del M-19 de atacar en pleno corazón de Bogotá y a plena luz del día el Palacio de Justicia, sede de la Corte Suprema de Justicia y del Consejo de Estado, los dos

órganos más importantes de la rama judicial. De forma brutal tanto guerrilleros como magistrados perderán la vida como consecuencia de una retoma de las Fuerzas Armadas. Estas 72 horas de horror pusieron en evidencia no solo una falta de disposición para la paz sino también una pérdida de toda la autoridad por parte del presidente para poder tomar en su mando cualquier tipo de acción militar.

En la primera mitad de la década de los ochenta emerge un nuevo actor del conflicto armado que no hace más que poner en evidencia el amplio ciclo de violencia que consume al país, y la incapacidad absoluta del Estado para garantizar la seguridad y el monopolio de la violencia. A mediados de los ochenta se conjugaron diversos factores que darán nacimiento a los grupos paramilitares. Por un lado, está el descontento de las élites rurales con las políticas del gobierno Betancur al que juzgan de “flexible” frente a los movimientos insurgentes de carácter comunista. Esta desazón coincide con las frustraciones de los sectores más radicales de las Fuerzas Armadas ante las decisiones del gobierno. Así, comienza a generarse una asociación de capital y estrategia militar que abre paso a las denominadas autodefensas, cuyo enemigo y objetivo militar serán los grupos guerrilleros. Por otra parte están las mafias que se han consolidado y financiado alrededor del tráfico ilegal de cocaína. Estas poderosas empresas del mal lograron fortalecer ejércitos y arsenales de carácter privado para la defensa de sus familias, sus bienes y sus negocios. Dicha práctica recurrente de la década de los ochenta se fue afinando progresivamente con los ejércitos paramilitares que se organizaron en un comienzo en el centro del país. Terratenientes y mafiosos promocionarán entonces una tercera fuerza que se suma al ya complejo y violento conflicto armado colombiano.

La década de los noventa se inicia con la firma de una nueva constitución política. La situación caótica de los ochenta ha estallado y afectado cientos de víctimas. Para la firma de la nueva carta magna asisten, por primera vez en el país, las diversas fuerzas políticas. Evidentemente están representados los partidos políticos tradicionales, pero esta vez no serán mayoría. Los acompañan sectores afrodescendientes, intelectuales, indígenas, juventudes, mujeres y guerrilleros desmovilizados⁷. Las esperanzas del final del conflicto en el país se cifran en esta nueva constitución. Sin embargo, los hechos demostrarán que el camino hacia la paz era más lejano de lo que los colombianos creían.

Vale la pena resaltar dos elementos fundamentales en la mutación del conflicto armado colombiano. El primero de ellos tiene que ver con las Farc. Esta organización guerrillera será, junto con el ELN, el único movimiento insurgente de carácter marxista de esta década. Empero, las Farc se van a encontrar con un freno ideológico de proporciones mayores. El fin del comunismo le resta una base teórica a la guerrilla. Frente a una opinión pública más madura y fatigada de la violencia, el discurso de la toma del poder por vía de

7 Se trata de desmovilizados del M-19 y del EPL quienes firman la paz con el gobierno en 1989. Una vez las armas entregadas, estas guerrillas conformarán los partidos políticos Alianza Democrática M-19 y Esperanza, Paz y Libertad. Estos dos partidos también tendrán una significativa representación en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

las armas no encuentra un espacio ni coherencia. Entonces, de actor insurgente dogmático, las Farc hacen la transición hacia una especie de empresa de la violencia.

Con la muerte de Pablo Escobar, capo más importante del narcotráfico en Colombia en 1993, el control sobre el comercio de cocaína se fracciona en múltiples minicarteles. Este espacio que deja la desintegración del cartel de Medellín es hábilmente ocupado por las Farc, quienes en un comienzo se ofrecen como protectoras de las rutas de salida de la cocaína y posteriormente como productoras directas de la misma. El acercamiento a los dineros de esta actividad ilegal ofrece a las Farc unos ingresos y recursos gigantescos. De tal manera que la organización crece de forma significativa en poco años. Sus frentes de acción se duplican. Para finales de la década se cuentan más de 100 mil combatientes. El secuestro y la extorsión se amplían y estas acciones fortalecen aún más las finanzas de la organización. Su arsenal se tecnifica y ello le permite plantear una real amenaza al Estado colombiano. Los ataques a las bases militares y las brigadas móviles del Ejército se suceden uno tras otro. El secuestro de diputados, candidatos a la presidencia, senadores y otros dignatarios evidencian esta situación. Colombia se inunda de noticias en las cuales las bajas de efectivos militares se cuentan por decenas. Miles de soldados muertos y cientos de secuestrados son la prueba de una organización guerrillera que desafía al Estado.

El segundo elemento lo componen los grupos paramilitares. Al igual que las guerrillas, los paramilitares se van acercando poco a poco al negocio del narcotráfico a partir de 1992. Como consecuencia de esta actividad y de los aportes de algunas élites económicas del país, el paramilitarismo crece a un ritmo similar del de las guerrillas. La guerra entre las Farc y los paramilitares se va a desatar por el control de rutas y el acceso al negocio. En el centro de este conflicto está la población civil. Miles de muertos, centenares de torturados y más de dos millones de desplazados son el horroroso saldo de una contienda armada a tres bandas extendida por todos los rincones del país y cuyo centro neurálgico es el tráfico de cocaína.

El conflicto armado 1998-2010

La crisis que viven las Fuerzas Armadas y el Estado mismo como consecuencia del elevado nivel de violencia y la presencia y amenaza en vastas zonas del territorio nacional van a provocar un cambio trascendental. Con la llegada a la presidencia del conservador Andrés Pastrana (1998-2002) la crisis obligará a una reflexión acerca de los avances de la guerrilla y el paramilitarismo y su fuente de financiación: el narcotráfico. Posteriormente, con las dos administraciones de Álvaro Uribe (2002-2010) los avances de la guerrilla se transformarán en fracasos. No obstante, la fuerza paramilitar y el narcotráfico seguirán penetrando todas las esferas del Estado.

En 1998 se desarrolla, desde la iniciativa del presidente Andrés Pastrana, la idea de crear una zona de despeje en el sur del país⁸. Así abrió la puerta el presidente a posibles negociaciones de paz. Al mismo tiempo, Estados Unidos, preocupado por la fuerte dinámica del narcotráfico, propone al gobierno colombiano un plan agresivo de lucha contra este y contra las guerrillas. Esto se conoció como el Plan Colombia. Si bien se buscaba que fuera un plan no solo militar sino que tuviera un importante componente de inclusión social, esto no fue posible.

Lo que sí es cierto es que a partir del Plan Colombia hay una mejora significativa para las Fuerzas Armadas. Se aumentó el pie de fuerza, se intensificaron los entrenamientos de lucha irregular. Nueva tecnología llegó al país para llevar a cabo combates en condiciones adversas. La infantería dejó de ser el arma hegemónica del Ejército. La marina y la fuerza aérea se vincularon de manera más directa con las acciones del Ejército. De igual forma se mejoró la inteligencia y era posible percibir unas Fuerzas Armadas más capacitadas. Esto se acompañó con el ascenso igualmente importante y significativo de la Policía nacional que desde su esquina combatió el narcotráfico y repelió a la guerrilla.

Esta condición se enriquece y se refuerza durante la administración de Álvaro Uribe. En su gobierno, a pesar de las reveladoras cifras negativas en materia de desarrollo social y derechos humanos, las Fuerzas Armadas lograron invertir la dinámica. Las guerrillas fueron acosadas, el número de combatientes disminuyó, las zonas controladas se fueron perdiendo y los cabecillas de las Farc cayendo uno a uno. El Ejército colombiano se tecnificó, se modernizó y aumentó sus estrategias de inteligencia. Por primera vez en décadas, se podía apreciar un diálogo cercano entre gobierno y Fuerzas Armadas. Por primera vez también el presupuesto para defensa creció de forma representativa. No obstante, la lucha contra las Farc se convirtió en la obsesión de un gobierno que defendía la “Seguridad democrática”⁹. Pero en esa obsesión se realizó una deliberada omisión. Durante este periodo no se persiguió a los grupos paramilitares y las violaciones de derechos humanos se dispararon en el país. A pesar de una reducción significativa del tráfico de drogas –con respecto a la década anterior– las mafias siguieron alimentando la violencia en Colombia. De igual forma, en el afán por dar resultados, existieron excesos por parte de la fuerza pública que se reflejaron en atentados contra la vida y la seguridad de la población civil.

El cómputo para 2010 está lejos de ser satisfactorio. En efecto, se invirtió la lógica que se había desarrollado hasta 1998. También se hicieron avances en la lucha contra el narcotráfico. Pero al final de cuentas encontramos que el conflicto a tres bandas sigue siendo permanente. Guerrillas y grupos paramilitares continúan actuando en la escena nacional. A pesar de las positivas cifras presentadas en 2010 como balance del gobierno Uribe, se

8 Se habla de la zona de despeje de un territorio tan grande como Suiza, en la cual las fuerzas del Estado no tendrían ningún tipo de acción. Esta zona se mantuvo entre 1998 y 2001 sin resultado positivo alguno. Por el contrario, estos años sirvieron a las Farc para fortalecer su pie de fuerza y sus finanzas.

9 Este fue el nombre que el presidente Uribe le dio a su gobierno y desde esas banderas justificó su política.

logra percibir desde 2008 un lento retroceso. La euforia de 2006 de una posible victoria de las Fuerzas Armadas sobre la guerrilla llevó a Uribe a ser reelegido. No obstante su segunda administración mostraría menos avances en esa materia.

Es claro que el gobierno Uribe es el primero en décadas que muestra atención a las Fuerzas Armadas. Es la primera vez que se da una armonía entre los militares y el presidente. También es claro que el cambio para los militares fue representativo y necesario. Sin embargo, las políticas públicas en materia de seguridad y defensa se han quedado cortas como consecuencia de la falta de una política social incluyente que acompañe el proceso.

Conflicto armado e identidad militar¹⁰

Es válido mencionar algunos componentes relevantes de los primeros años en que Colombia se dotó verdaderamente de un Ejército Nacional, es decir, a principios del siglo XX. La fecha en la que el presidente Reyes decide profesionalizar el Ejército es tardía con respecto a muchos países en la región. La necesidad de un Ejército se había sentido en otras naciones casi tres décadas atrás. El atraso de Colombia por profesionalizar su Ejército radica en los conflictos partidistas. La idea de un Ejército al servicio del Estado no coincidía con la visión de nación de cada uno de los partidos políticos. Cada uno de estos temía que su opositor usara el Ejército como brazo armado para aniquilar a su oponente. Entonces, la terrible guerra y la violencia serán las únicas vías para por fin poder abrir paso a un Ejército Nacional. Esta apertura tiene, sin embargo, el agravante que a pesar de los temores el Ejército se politizó y estuvo fuertemente cargado por la ideología conservadora de las primeras décadas del siglo XX. Como se ha mencionado, el primer general que asciende como consecuencia de la reforma militar de 1907, lo hace hacia 1940. Justamente en la década en la que se vuelve a desencadenar un ciclo de violencia sin precedentes en el país. Como hemos visto, la violencia que estalla hacia 1946 y que se extiende hasta 1953, será el origen de grupos armados liberales de autodefensa. Estos grupos son entonces el embrión de la subversión y la lucha insurgente en Colombia. De tal forma que los militares, aún sin experiencia y madurez deben asimilar rápidamente su convivencia con el conflicto armado que se da en el país.

Podemos hablar, mirando el desarrollo del Ejército colombiano, tres momentos importantes que impactan en el progreso de la organización: la Guerra con el Perú en 1932. Primer conflicto de orden internacional de las Fuerzas Armadas colombianas. No obstante, el escenario del enfrentamiento es la selva, un lugar inhóspito y desconocido por los militares. Tal vez tan desconocido como el concepto mismo de frontera. Además de ello, la Colombia de 1932 no cuenta con carreteras que puedan garantizar el acceso efectivo a

¹⁰ Las reflexiones que aquí se presentan son el resultado del trabajo doctoral que hace el autor. De igual manera emergen de las entrevistas realizadas a oficiales del Ejército colombiano durante los años 2009 y 2010.

esas zonas del país. El Ejército peruano, a pesar de haberse desarrollado de forma temprana, como consecuencia de la guerra del Pacífico (1879-1884), tampoco tiene una capacidad ofensiva suficiente como para lograr amenazar el territorio colombiano. De tal forma que estamos ante un juego de suma cero. Las enseñanzas que deja el conflicto serán significativas. Para 1932 aún queda todo por hacer en materia militar para el país.

Un segundo momento lo constituye la participación de un número relevante de oficiales colombianos en la Guerra de Corea (1950-1953). El destacamento conocido como Batallón Colombia, al mando del general Alberto Ruiz Novoa¹¹ va a combatir hombro a hombro con el Ejército más poderoso del mundo: el Ejército de los Estados Unidos, recién vencedor de la Segunda Guerra Mundial. Nuevas tácticas, nuevas armas y nuevos conceptos enseñan a los oficiales colombianos los nuevos rumbos que debe tomar la organización para mejorar su desempeño. Un aprendizaje que fue vital para los militares colombianos fue tal vez el desarrollo de una guerra de carácter irregular con grupos insurgentes. Esa experiencia se convertirá en valiosa en los años a venir. Al regresar a casa, los hombres del Ejército colombiano encuentran un país bañado en sangre como consecuencia del enfrentamiento partidista. Solo algunas semanas después se van a ver con un comandante del Ejército que a través de un golpe de Estado se convierte en presidente de la República. Los oficiales colombianos de Corea dieron la transición a la guerra subversiva colombiana.

Emerge en este contexto la guerra contrainsurgente. Un concepto realmente novedoso y que se ha propagado por la región gracias a la fuerte propaganda de los Estados Unidos en los años más intensos de la Guerra Fría. En la región de Tolimaida, departamento del Tolima, al sur del país, se crea la primera escuela de contrainsurgencia de América Latina en 1956. Inspirados en la escuela de los *Rangers* de Estados Unidos, en Colombia se introduce de manera precoz la guerra contrainsurgente. Inclusive antes de la Revolución Cubana misma, Colombia ya estaba en la dinámica de la persecución a los denominados guerrilleros asociados directamente al comunismo internacional.

Entonces tenemos que las Fuerzas Armadas colombianas y en especial su Ejército, deben asumir la lucha antsubversiva de modo muy precoz. A pesar de las experiencias de las guerras contra Perú y la guerra de Corea, los militares colombianos son todavía muy inexpertos, bajos en capacidad logística y entrenamiento. Los militares tuvieron que asumir la lucha contra la subversión cuando ellos mismos como institución no habían madurado lo suficiente. Los militares colombianos tuvieron que salir por una geografía compleja a

11 El general Ruiz Novoa ha sido uno de los más polémicos oficiales del Ejército colombiano. No solo dirigió el Batallón Colombia en Corea. También fue comandante del Ejército, ministro de Defensa y creó el famoso Plan Lazo en 1962. Este plan se acomodaba a las famosas acciones cívico-militares que promulgaba la Casa Blanca con la dirección del presidente Kennedy. Bajo el mando del general también estuvieron las acciones de la Operación Marquetalia de la cual nacerán las Farc. El general Ruiz Novoa es despedido por el presidente en 1965 por una supuesta conspiración para derrocar al presidente Valencia. Luego de la salida de Ruiz Novoa, se crea una fractura en el Ejército colombiano, los seguidores de Ruiz y sus opositores.

combatir a un enemigo nuevo, difuso y resbaladizo. Este evento va a marcar en definitiva el curso de la historia militar en el país.

Con el final del gobierno militar en 1958 y el inicio del nuevo modelo político denominado Frente Nacional, se propone una nueva dinámica para los militares colombianos. El presidente Alberto Lleras Camargo (1958-1962) reúne a los más altos oficiales de las Fuerzas Armadas en Bogotá en mayo de 1958 y les plantea las reglas del juego cívico-militar que se van a desarrollar durante el Frente Nacional. La ecuación es sencilla, luego de la experiencia militar del general Rojas se ha comprobado que los militares no tienen ninguna destreza política. De tal forma que muy en el sentido de justicia de Platón, el presidente Lleras anuncia que tanto civiles como militares deben estar en su justa posición. Los militares tendrán entonces la misión de combatir las guerrillas y mantener el orden público, los civiles la de orientar las políticas del gobierno y el Estado.

A partir de este discurso se marca una ruptura significativa. Las élites civiles corroboran más de un siglo de historia de los partidos políticos. A diferencia de otros países en la región, los civiles supieron hábilmente mantener controlados a los militares colombianos. Cualquier asomo de política en las filas militares fue severa y sistemáticamente sancionada. El militar colombiano a partir de 1958 fue silenciado y confinado al ostracismo político. Su función era única y no existía ningún otro espacio de acción.

Podemos entonces señalar cinco ciclos a partir de 1958 en los cuales se van perfilando tanto el conflicto colombiano como las Fuerzas Armadas mismas. El primer ciclo corresponde al periodo que va entre 1958 y 1978. Es decir, desde el inicio del Frente Nacional hasta los efectos que se dan en las ciudades colombianas como consecuencia del accionar del M-19. Durante esta etapa se perfila una instrumentalización política, por parte de las élites civiles, del conflicto armado. Los políticos no están seriamente comprometidos con el objetivo de terminar definitivamente con el problema de las guerrillas. Los militares actúan como responsables del orden público. Ante el cierre y la exclusión que significó el Frente Nacional, el orden público se convierte en válvula de escape para el sector militar. Así, ellos mantienen al interior del Estado una misión en particular. No obstante, las élites civiles entran en tensión con los militares por materias presupuestales y condiciones de las Fuerzas Armadas para atacar el conflicto. Los militares de este periodo no cuentan ni con los recursos, ni la tecnología, ni el entrenamiento pertinente para enfrentarse a su enemigo. De este modo se da una prolongación del conflicto en la cual más que acabar con el enemigo se trata de mantenerlo neutralizado.

Un segundo ciclo se extiende de 1978 y termina en 1982. Es el periodo del gobierno de Turbay Ayala. Los militares se sienten respaldados por el gobierno en su lucha contra las guerrillas. Como consecuencia de las acciones del M-19 se desata una oleada de autoritarismo por parte de la fuerza pública. Aunque los militares no cuentan aún con los recursos necesarios, sienten que existe un diálogo e interlocución con el gobierno. También sienten que existe una sintonía entre las dos partes para acabar con el enemigo.

El tercer ciclo será lo opuesto al segundo. Entre 1982 y 1986 se da una ruptura total entre el gobierno y los militares. Podemos decir que durante el primer ciclo las relaciones son más bien parcas pero cordiales. Durante el segundo son armoniosas y compaginadas. Pero durante el tercero son de oposición. El cambio es muy brusco para los militares. Luego de haber tenido un apoyo importante se da el salto a un gobierno que quiere negociar con las guerrillas sin contar con la experiencia y el conocimiento del conflicto por parte de los militares.

El cuarto ciclo se extiende desde 1986 hasta 1998. La particularidad de este periodo es la violencia extrema generada y financiada por el tráfico de drogas y las mafias que este crea. Las guerrillas se acercan al negocio y encuentran una enorme fuente de financiación. Al mismo tiempo se crean grupos paramilitares que se erigen como ejércitos privados de los sectores mafiosos del país. El Estado y las Fuerzas Armadas se ven seriamente amenazadas como consecuencia del accionar de una guerrilla que supera los 100 mil combatientes. Es verdaderamente un punto de crisis, de baja moral y de sensación de derrota.

El último periodo comprende los años entre 1998 y 2010. Dos actores fundamentales allí: el presidente Álvaro Uribe y los Estados Unidos a través del Plan Colombia. Este periodo es el renacer del aparato militar. La ayuda y el entrenamiento por parte de los Estados Unidos y el perfecto diálogo entre los militares y el presidente (aún mejor que en el tercer ciclo) hacen recuperar la confianza y la moral. La guerrilla comienza a verse derrotada y pierde áreas de control. La dinámica de la década anterior es totalmente inversa.

Podemos entonces ver que los cinco ciclos están perfectamente ligados con el enfrentamiento entre guerrillas y Fuerzas Armadas. Terceros actores como el caso de los paramilitares serán derivaciones de la prolongación del conflicto en Colombia. En otros países latinoamericanos la ausencia de conflictos externos llevó a los militares a vincularse con temas internos como la política y el gobierno. Para el caso colombiano, en donde la ausencia de amenazas externas es clara, los asuntos internos fueron colmados por combatir las guerrillas. De tal forma que desde la década de los años 1950 su principal misión ha sido combatir un enemigo de carácter irregular. La ayuda por parte de los Estados Unidos, tanto durante la Guerra Fría como durante la fase posterior ha estado dedicada a la lucha contrainsurgente. Finalmente, el elemento novedoso ha sido la incursión de las Fuerzas Armadas en la lucha contra el tráfico de drogas desde la década de los años 1990. Todos estos componentes han desdibujado por completo los conceptos de seguridad y defensa en Colombia. Además han hecho que los militares entren en tensiones y celos con otros actores de peso como la Policía nacional, la cual ha mostrado un desempeño destacable en la lucha contra el narcotráfico.

El militar que se ha configurado entonces en Colombia, es un militar que profesa una profunda desconfianza hacia los civiles. Las últimas décadas han enseñado a los militares que una traición o un ataque pueden provenir de cualquier bando. Nunca confiaron en los civiles como consecuencia de lo vivido en los primeros ciclos del conflicto. Luego los ataques que experimentaron en los últimos años trajeron un militar en extremo precavido

y escéptico. De tal manera que lo que hoy vemos es la consolidación de “guetos” militares. Las escuelas, los batallones, los centros de entrenamiento, los complejos habitacionales, los colegios, las universidades, los centros médicos, los centros de recreación y deporte son solo algunos ejemplos de cómo el militar vive y convive solo con sus congéneres y lo mismo espera para su familia. Dado que afuera está la amenaza y el enemigo, la única forma de sentir seguridad y tranquilidad es al interior de los muros protegidos por otros militares.

Tenemos entonces que la identidad militar se construye a través de los años que ha durado el conflicto. El conflicto armado ha construido y consolidado esta identidad. Un conflicto extenso en el que se ubican dos generaciones enteras de militares que llegaron y partieron en medio de un conflicto. El origen de este es demasiado lejano para los jóvenes militares y su final es incierto. Lo que queda es el enemigo: la guerrilla. Funciona entonces esta dinámica como una especie de *alter ego*, entendido como mi “otro yo”. Eso significa el enemigo para los militares en Colombia y eso ha definido su identidad militar. Habrá que pensar en ese contexto, cuál será la identidad del militar una vez se termine el conflicto. Cuáles serán los patrones de comportamiento, cuáles serán los nuevos objetivos estratégicos. Lo cierto es que la guerra ha sido tan extensa y desgastante que no ha dado paso a pensar en un militar diferente. Igualmente cierto es que en el presente, el militar colombiano y su mentalidad han sido diseñados por los ritmos de un conflicto armado complejo y de un enemigo que ha mutado con el tiempo.

Bibliografía

- ATEHORTÚA, A. (1994). *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia (1886-1853)*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- _____. (2000). *Las Fuerzas Militares en Colombia: de sus orígenes al frente nacional*. Memorias XI Congreso Colombiano de Historia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MEDINA, C. (2009). *FARC: 1958-2008. Notas para una historia política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MÚNERA, L. (1998). *Rupturas y continuidades: poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*. Bogotá: IEPRI-Cerec-Universidad Nacional de Colombia.
- RAMÍREZ, S. (1988). *Actores en conflicto por la paz: el proceso de paz durante el gobierno Betancur 1982-1986*. Bogotá: Siglo Veintiuno Editores.
- SÁNCHEZ, G., y PEÑARANDA, R. (2007). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Medellín: La Carreta Histórica.